



## La democracia y sus crisis: avances para un conversatorio

José J. Rodríguez Vázquez  
Programa de Estudios Iberoamericanos  
Universidad de Puerto Rico en Arecibo

La democracia dio origen inicialmente a la filosofía política, porque no es un conjunto de instituciones o un tipo de régimen entre otros sino una manera de ser de lo político. La democracia no es el régimen parlamentario o el Estado de derecho. Tampoco es un estado de lo social, el reino del individualismo o el de las masas. La democracia es, en general, el modo de subjetivación de la política.

Jacques Ranciere, *El desacuerdo*.

La democracia ha sido uno de los significantes vacíos principales en el lenguaje político de la modernidad y tropezó, desde su reaparición en el siglo XVIII, con unos poderosos detractores, enamorados de las jerarquías y la exclusión de los otros de sus agrupaciones políticas, sociales e ideológicas. Era para este tiempo, si se quiere, una propuesta utópica contra un orden jerárquico que se pensaba afianzado en la naturaleza y la divinidad. Allí donde avanzó teórica e institucionalmente, luego de su irrupción revolucionaria en las trece colonias británicas y Francia, lo hizo siempre a través de un reformismo disciplinario y biopolítico que llevó a cabo gradualmente el proceso de incorporación a la vida pública de los excluidos. Todavía para mediados de siglo XX, cuando el discurso maniqueo estadounidense la convirtió en portaestandarte contra el llamado totalitarismo, es pertinente no olvidar aquellas palabras de Jean-Paul Sartre advirtiéndolo que “no hacía mucho tiempo, la tierra estaba poblada por dos mil millones de habitantes, es decir, quinientos millones de hombres y mil quinientos millones de indígenas”. Habían transcurrido ciento ochenta años desde su renacimiento y todavía para tres cuartas partes de la humanidad carecía de materialización, eso sin olvidar las desigualdades en el interior de ese bloque aparentemente homogéneo de los llamados “quinientos millones de hombres”. Solo lentamente,



por ejemplo, el derecho al voto incluyó a los sectores trabajadores, los que no sabían leer y escribir y a las mujeres, y el proceso de descolonización cuestionó el racialismo eurocéntrico legitimador del colonialismo dando paso a la formación de nuevos estados-naciones en los que desgraciadamente resultó inconsistente la experiencia democrática. Según se fue difundiendo su uso en la segunda mitad del siglo XX, su filo utópico-subversivo se fue debilitando y predominó su función de máscara para engalanar el poder político y la razón de Estado de potencias con aspiraciones de hegemonía mundial, sobre todo en ese contexto de la Guerra Fría en que la historia se pensó como la lucha a muerte entre las llamadas “sociedades abiertas” formadas dentro de la “civilización cristiano-occidental” y el “comunismo”, y un entusiasmado proclamó, impertérrito, el fin de la historia como el triunfo definitivo de la economía de mercado, su forma democrática y el individuo libre y racional.

La democracia ha sido, pues, un concepto fundamental abierto, nunca unívoco, y una forma de Estado, o si se quiere: la categoría con la que buscan legitimarse los nuevos ordenamientos político-estatales que se han multiplicado en la dimensión política de la modernidad, pero también el símbolo vacío por el que se pelea y desde donde se pelea cuando en él habita la aspiración a nuevas y superiores formas de convivencialidad sociopolítica. La democracia tiene que ver con una realidad histórica político-estatal y una utopía emancipadora, y hay que destacar que la tensión entre una y otra es perenne. Por eso, más allá de las formas de Estado, la democracia sigue actuando como inspiración, es decir, que su uso no se reduce a la descripción-legitimación de un orden político existente y puede operar como una categoría utilizada para descubrir el poder y establecer sus límites, proponiendo modificaciones estructurales que tienen que ver no solo con cómo éste se constituye y se ejerce, sino también con esa potencia simbólico-política contenida en unas



nociones de libertad e igualdad que se niegan a quedar domesticadas dentro de cualquier discurso ideológico o legalista. Es imposible hablar de democracia sin tomar en consideración estas otras dos palabras-principios vacíos del lenguaje político moderno que, impidiendo que ésta se reduzca a un orden jurídico formal, permiten confrontar cualquier afirmación de la superioridad de la ley con la cuestión ética de lo justo. Los políticos y leguleyos que reducen la democracia a ley y orden son simples prestidigitadores que con sus voces y gestos pretenden borrar su potencia constituyente de nuevas y superiores formas de vida pública. Pienso, por ejemplo, en la importancia que ha tenido la distinción entre democracia formal y democracia social y cómo esta ha servido para discutir de qué se habla cuando se dice democracia y descubrir sus múltiples significados, desde diferentes posicionamientos ideológico-políticos, y producir nuevas propuestas democratizadoras. En fin, la democracia no es solo un orden jurídico ni un tipo de gobierno, sino un concepto esencial para pensar el poder y la política y orientarlos al fortalecimiento de la libertad y la igualdad desde una ética de lo justo que es indispensable para que se concrete el deseo de una comunidad orientada por la búsqueda del bien en común.

En el largo siglo XX, que va desde finales del siglo XIX a nuestros días, la crisis de la política como crisis de la experiencia democrática ha conocido tres grandes momentos. El primero fue el de la crisis de la democracia como poder de las elites. Aquí, un sector de la sociedad se pensaba como expresión del Ser o el representante del todo social. Desde la paradoja de esta “democracia de minorías” hasta la incorporación de las masas en la vida pública se consumió prácticamente la primera mitad del siglo. Para esta época es posible reconocer dos modelos en lucha dentro de esa idea de “gobierno del pueblo”: el que se fundamenta en la categoría pueblonación, y donde el poder de las elites se pretende representación de esta supuesta colectividad



soberana, y el que se expresa como la clase-Estado, ordenamiento político de la comunidad de trabajadores constituidos a través de su organización como partido. El Estado proletario era ese dios Jano que en un rostro expresaba la democracia obrera y en el otro la dictadura contra la burguesía como encarnación histórica de las clases propietarias. Se pueden identificar en este momento dos expresiones de la crisis política: el miedo a la democracia como incorporación de las masas a la política y el desprecio a la democracia por ser simple formalidad jurídica o ser fuente de desorden y caos. El miedo de las elites a la multitud participante fue propio de esas “democracias restringidas” donde se pensaba que la conversión de los muchos en ciudadanos requería de un proceso paulatino de educación cívica. Las masas acéfalas necesitaban muchos años de entrenamiento para devenir en comunidad participativa y soberana. El desprecio a la democracia por ser una “falsa representación” dominó en los discursos de la izquierda revolucionaria, específicamente en anarquistas, socialistas y comunistas que desde una teoría instrumental del Estado como aparato de coerción de la clase dominante reducían la democracia a la forma de organizarse y enmascararse la violencia burguesa. El desprecio a la democracia por producir desorganización fue la clave teórica de los fascismos europeos y de sus émulos autoritarios, opuestos a los avances de la izquierda política y del movimiento obrero, y a cualquier expresión de democratización social. Un conservadurismo revolucionario intentó construir un “hombre nuevo”, amante de la violencia heroica y de la nación, desechando los principios políticos de libertad, igualdad y fraternidad, y movilizándolo a las masas y al capital tras el culto a la personalidad de un caudillo exaltado. La admiración por la fuerza y el dirimir las diferencias mediante la brutalidad se convirtieron en formas de actuar el poder hacia su interior y exterior socio-estatal. Si tuviésemos que sintetizar qué fue la democracia en esta primera mitad del siglo



XX creo que es posible decir que era política, partidos, gobierno representativo, del pueblo o de la clase, y, aunque en el segundo modelo solo existiese un partido-Estado, estructuras institucionales de participación pública; pero sobre todo, el régimen político de la desigualdad real y la igualdad imaginaria.

Durante las últimas décadas del siglo XX, en el espacio político de los distintos tipos de Estados nacionales, que se asumen como expresiones democráticas del pueblo-nación o de la clase, se fue produciendo una fragmentación identitaria y unos realineamientos políticos que en el contexto de las llamadas sociedades formadas alrededor del concepto de pueblo-nación se expresó como movimientos sociales; mientras en los Estados socialistas estuvo acompañada de las reanimaciones, muchas de ellas violentas, nacionalistas. Es, por un lado, la crisis de la democracia como espacio jurídico donde actuaban los partidos y se participaba en procesos electorales para seleccionar a los gobernantes que ejercerían el poder político como representantes legítimos de la voluntad del pueblo-nación y, por el otro, la crisis de la “democracia comunista” que afirmaba la superación de la lucha de clases. En la primera, la democracia de la “comunidad imaginada” como un todo homogéneo ve aparecer sus fisuras sociales, raciales, étnicas y de género: indigenismos, negritud, LGBTQ y ambientalistas, entre otros, serán los que se convertirán en importantes subjetividades colectivas en el espacio público. Allí donde había predominado el modelo del Uno indivisible irrumpían los fragmentos, la democracia era cuestionada por fútil y corrompible, y las personas transformaba su desencanto en deslegitimación política. En el caso del “socialismo real”, el colapso del bloque soviético y las divisiones de las “democracias populares” hicieron surgir nuevas fronteras, curiosamente atadas al significante pueblo-nación, y el caso de la desintegración de Yugoslavia fue su expresión más perversa y trágica. Para decirlo de otra manera, la crisis



política de la experiencia democrática se expresó como el cuestionamiento del papel principal asignado en el drama de la historia a las organizaciones político-partidistas e ideológicas de la primera fase y la aparición de nuevas tribus sociales o nacionales. Mientras tanto, el capital mundializaba el modo neoliberal de mercado y comenzaba a entusiasmarse con las diferencias y su desfachatez congénita de producir desechos.

El desarrollo del capitalismo neoliberal en su último ciclo de expansión global, que se acelera desde finales del siglo XX hasta nuestros días y viene acompañado de la revolución mass-mediática, ha generado una tercera crisis de la democracia como esfera pública para la interacción social. La conmoción ahora no proviene de que ésta sea solo formal e incompleta y quede muy mal parada frente a la visibilidad del dominio, la represión y la exclusión, sino desde el ruido ensordecedor de una diversidad disonante de opiniones que se anulan en el sinsentido de su estruendocidad. La atomización ha llevado a una neutralización de lo plural por exceso de diferenciaciones que han metamorfoseado el anterior tiempo de las tribus convirtiéndolo en el tiempo de las individualidades bembeteras. Todo es legítimo porque todo es mercadeable y en la cultura ya no existen escalones cognitivos, sino la paridad de las voces en competencia, pues la pasión por opinar ha descartado la disposición de escuchar. Nadie necesita formación cultural y sabiduría; bueno, hasta que algún problema o alguna tragedia los hace descubrir que las soluciones no provienen de los rezos ni las estrellas. Un paseo por cualquiera de esas llamadas redes sociales para ver allí activa la animadversión colectiva de una masa de sabelotodos simples y mojigatos debería llamar la atención de cualquier persona más o menos cuerda que se sospeche la estrecha relación que guardan las relaciones democráticas o entre iguales, basadas en la tolerancia y el respeto (que no son sinónimos), con el saber cultural colectivo y personal. La democracia ahora se



anula por la imposibilidad de crear consensos, según cada persona se siente un universo independiente, libre para opinar y descartar lo otro y los otros. La política democrática, como dimensión social donde se discute, es decir, se habla y se escucha y se hacen alianzas, ha quedado maltrecha. Por su parte, las elites han relegitimado su poder a través del control de unas destrezas tecnocráticas que hacen posible convertir el “ágora” real y cibernético en un cotorreo de insignificancias y resentimientos, al mismo tiempo que se manipulan los gustos y las ansiedades oníricas y se articula la “voluntad política” mediante la invención de miedos y enemigos. Desde estas tres condiciones, que coexisten y se estructuran jerárquicamente de distintas maneras en diferentes contextos sociopolíticos contemporáneos, y porque no logra reorganizarse la dimensión utópico-emancipadora de la experiencia democrática, tanto a nivel teórico como en la práctica de estar con otros, es que han comenzado a multiplicarse los nuevos demagogos. No está de más tener esto presente para pensar, por ejemplo, la complejidad que ilustra esa ralea gringa destruyendo lo que se supone sea su casa.

(febrero-2021)